LIBRO IV.

En donde se trata de los sentimientos de respeto, estimacion, zelo, amor, ternura y confianza de que debemos estar penetrados á favor de la Santísima Vírgen.

CAPITULO PRIMERO.

De las grandezas de la Madre de Dios.

SIERVO. Por grandes que sean los sentimientos que tenemos de vos, ¡oh Vírgen Santa! jamas podrán igualar á vuestras grandezas, porque estas serán siempre superiores á todas las ideas que nosotros podremos concebir.

Para hablar dignamente de vos, seria necesario comprender lo mas grande que hay

cerca de Dios, lo mas admirable que hay en gracias, en perfecciones, en poder y en gloria.

De vos ha nacido Jesus. El Evangelio que nos manifiesta esta virtud, no se estiende mas sobre vuestras alabanzas, y es porque esta sola espresion basta para fundar sólidamente todos los elogios que se os puedan dar.

Vuestra dignidad de Madre de Dios no es nada ménos que una especie de afinidad con el soberano Sér El efecto de la maternidad divina es acercarse cuanto es posible á la Divinidad.

Esta dignidad os hizo contraer con Dios una alianza singular, en virtud de la cual sois Hija del Padre, Madre del Hijo, Esposa del Espíritu Santo de una manera tan admirable, que no es propia ni conviene sino á vos.

En virtud de esta alianza sois verdaderamente Reina del Universo, Reina de los Cielos.

Decir que Jesus ha nacido de María, es decir que María no tiene otro que sea superior á ella sino Dios.

¡Oh Vírgen Madre! aun aquellos ángeles que sean superiores á los demas en gracia

y en perfeccion, no podrán ménos de estar en el órden de vuestros siervos: ¡tanta es la distancia que hay entre vos y ellos!

Yo juzgo de vuestra grandeza por la de vuestro Hijo, la cual resalta necesariamente sobre vos misma. Por la escelencia del Hijo se viene en conocimiento de la madre.

Comprendo fácilmente que la augusta calidad de Madre de Jesus, es la causa de todas las gracias de que Dios quiso colmaros, y de todos los privilegios y prerogativas con que se complació en distinguiros;

Y que teneis bajo de esta calidad una especie de dominio sobre todos los tesoros de las gracias de Jesus, y un poder absoluto de intercesion para con él.

Entiendo tambien que ciertas leyes generales, que no son otra cosa que castigos del primer pecado, no han debido comprender á la Madre de Dios, Madre tan amable, tan amada, y elegida espresamente desde ab-eterno para serlo;

Y que habiendo dado á Dios esta vida que cooperó en cuanto estuvo de su parte á que él mismo nos redimiese, mereceis llevar justamente el titulo de *Medianera de nuestra salud*, sin perjuicio de la calidad de solo y

único Medianero que, en sentido propio, no conviene sino á vuestro Hijo.

Pero ¡comprender toda la elevacion de vuestra dignidad! ¡Ah! es todo tan grande en la Madre de un Dios, que los mismos serafines se contentan con admirarlo.

Vos misma dijísteis en presencia de vuestra santa parienta Isabel todo lo que Dios habia hecho por vos en estas solas palabras: *El Todopoderoso ha obrado en mi favor grandes maravillas.*

Y la Iglesia, á pesar del amor que os profesa, y del zelo qne tiene por vuestra gloria, se ve obligada á confesar que, cuando considera que *habeis llevado en vuestro seno á aquel que los cielos no pueden contener, no sabe de que espresiones usar para publicar vuestras grandezas.*

¡Oh Madre admirable de mi Dios! me siento penetrado en vuestra presencia hasta en lo mas íntimo de mi alma, de la admiracion mas dulce y mas profunda.

A vista de vuestras grandezas y de vuestra elevacion, estoy poseido de un santo temor, y de un respeto que me tiene como anonadado á vuestros piés.

CAPITULO II.

De los rasgos de semejanza que hay entre Jesus y María.

SIERVO. Cuando considero ¡oh Divina María! vuestro nacimiento, vuestra vida, vuestra muerte y vuestra gloria en el cielo, encuentro entre Jesus y vos unos rasgos de semejanza que me arrebatan.

Vos fuísteis unida á vuestro Hijo en los decretos eternos de la Providencia. *Dios me ha poseido desde el principio de sus caminos* (1), dice la Sabiduría eterna en el Texto Sagrado. *Yo he sido especialmente predestinada desde la eternidad. Cuando Dios echaba los fundamentos del universo, tambien entré yo en sus miras y en sus designios.* Espresiones que son propias de Jesus, pero que la iglesia os aplica.

¿Cuántas promesas, oráculos, figuras y símbolos hay en la Antigua Ley, que anunciando á Jesus, os anuncian tambien á vos?

(1) Sap. VIII.

Jesus fué impecable por su naturaleza; y vos, libertada por la gracia del pecado original, fuísteis exenta de todo pecado actual, aun el mas leve.

El Verbo de Dios, encerrado en vuestras castas entrañas, se puede decir de algun modo que no hice por espacio de nueve meses sino una misma cosa con vos.

Despues le alimentásteis con vuestra propia sustancia, que se convertia en la suya.

En su vida oculta pasó treinta años con vos, viviendo en una misma habitacion, disfrutando de la misma fortuna, ocupado en los mismos ejercicios, y teniendo los mismos sentimientos.

En el tiempo de su vida evangélica, participásteis de sus trabajos cuanto os fué posible, y en su muerte tuvísteis tambien parte en sus oprobios é ignominias.

Jesus fué el mas humilde, el mas dulce, el mas caritativo, y el mas paciente de todos los hombres, y vos fuísteis la mas paciente, la mas caritativa, la mas dulce, y la mas humilde de todas las mugeres

En Jesus se hallaban reunidas todas las perfecciones divinas é increadas; y en vos residian todas las perfecciones creadas de una

manera tan escelente, que todas las de los ángeles y los santos desaparecerian delante de las vuestras.

Jesus os hizo de tal modo semejante á él por medio de las virtudes mas eminentes, que hizo de vos una imágen viva de sí mismo.

Así como fué incorruptible en el sepulcro, así fuísteis vos tambien. El resucitó por su propia virtud, y vos fuísteis resucitada por un privilegio especial que se os concedió.

Estais en el cielo en cuerpo y alma como él. Jesus está sentado á la diestra de su Padre, y vos estais despues de él. Jesus es Todopoderoso por sí mismo, y vos lo sois por vuestro Hijo, que os ha constituido la dispensadora de sus tesoros. El es el Señor del cielo y de la tierra, y vos sois la reina de los ángeles y de los hombres.

En todas partes en donde Jesus es adorado, se os honra tambien á vos. Ningun corazon hay consagrado á su amor, que no os sea enteramente devoto. Ningun templo erigido á su gloria, en que no se halle algun monumento levantado á la vuestra.

El dulce nombre de María es inseparable del dulce nombre de Jesus en la boca y en el corazon de los verdaderos fieles.

La Iglesia une frecuentemente en sus santos oficios vuestras alabanzas á las que da á Jesus.

Celebra los misterios de vuestra vida, así como celebra los de la vida de Jesus.

Jesus es el *Rey de los siglos, el Autor de la gracia, nuestro Abogado cerca del Padre, el Dios de las misericordias, el Dios de todo consuelo, la luz del mundo.* Y nosotros os llamamos con la iglesia, *Reina del mundo, Reina del cielo, Abogada nuestra, Madre de la gracia, Madre misericordiosa, Consoladora de los afligidos, estrella que conduce* en el tiempo de la tempestad *al puerto de la salud.*

¡Gracias eternas sean dadas á Jesus, porque os ha concedido todos los favores y privilegios que convenia á un tal Hijo, el conceder á una tal Madre!

¡Ah, Vírgen Sannta! si las consideraciones que acabo de hacer en vuestra presencia os son gloriosas, no son ménos dulces para mi corazon y para todos los que os aman.

CAPITULO III.

De la gloria de María en el cielo.

SIERVO. Reinad ¡oh Vírgen Santa! reinad para siempre en los cielos sobre los patriarcas, á quienes escedísteis en fidelidad; y sobre los profetas y apóstoles, cuyo zelo fué muy inferior al vuestro.

Reinad sobre los mártires, á quienes vencísteis en la constancia; y sobre las Vírgenes, pues que fuísteis mas pura que todas ellas.

Reinad tambien sobre todos los justos, porque vuestra humildad fué muy superior á la suya, y sobre todos los ángeles y serafines, á quienes escedísteis en la obediencia y en el amor.

Yo os admiro y respeto sobre aquel trono admirable en que astais colocada, y en donde por vuestro poder para con Dios sois el asilo de los pecadores, el apoyo de los justos, la esperanza de los afligidos, y el remedio de los pueblos.

Bendigo al Señor por esta gloria inmensa

á que os ha elevado, y porque quiso que vuestro mismo cuerpo participase de ella ántes del dia de la resurreccion general.

Justo era que este cuerpo tan casto, en el que el mismo Dios se habia dignado hacerse Hombre, fuese exento de la corrupcion del sepulcro.

Pero ¿quién podrá jamas llegar á comprender esta gloria? *Si los ojos no han visto, ni los oidos oido: si el corazon del hombre no ha podido hasta ahora formar idea de lo que Dios tiene preparado á los que le aman* (1), ¿cómo es posible que nosotros lleguemos á comprender lo que Dios os tenia preparado, habiéndole amado vos mas que todos los ángeles y santos?

La gloria de que gozais es no solamente proporcionada á la grandeza de vuestra dignidad, sino tambien á la grandeza de vuestro mérito.

Para juzgar de lo sumo de esta gloria, bastaria considerar que á la que Dios ha glorificado ha sido á su propia Madre.

Pero así como en los santos la medida de su gloria se toma de la de su mérito, del mis-

(1) I Cor. II, 9.

mo modo en vos la sublimidad de vuestra elevacion se debe tomar especialmente de la grandeza de vuestras virtudes.

Vos formais en el cielo un órden y una clase separada, siempre á la verdad infinitamente debajo de Dios, pero siempre muy superior á todo lo que no es Dios.

Convenia que aquella á quien habia dado Dios el poder de mandarle á sí mismo tuviese el derecho de mandar á los ángeles y á los santos.

¡Ah! ¡con qué prontitud, y como á porfia, no os rinden todos obediencia y los honores que os deben!

Arrebatados al ver el imperio que teneis sobre ellos, os sirven con un afecto de corazon digno de las complacencias de todo un Dios.

Bendicen á Dios sin cesar por los sigulares privilegios y gracias que os ha concedido, y por las estraordinarias prerogativas de gloria con que os honra.

¡Qué aclamaciones de júbilo y de alegría en las bendiciones que os dan á vos misma! ¡Qué ternura en los sentimientos que los animan, y de que están penetrados en vuestro favor!

¡Oh, y cuánto desean todos que seais conocida en la tierra tan perfectamente como en el cielo, para que siendo vuestros los corazones de todos los hombres, seais honrada por todas partes!

¡Oh amable Reina de la celestial Sion! ¿tendré yo la dicha de cantar con los santos las alabanzas de vuestro Hijo y las vuestras? ¿participaré algun dia de las delicias inefables de que gozais en el cielo?

María. Hijo mio: el medio de animarte y sostenerte en los combates á que necesitarás entregarte para vencer los obstáculos que se opongan á tu dicha, es el de pensar muchas veces en estos bienes eternos que Dios tiene preparados á tu valor y á tu constancia.

Piensa frecuentemente en que se trata de una gloria que satisface infinitamente todos los desprecios, y de un tesoro que hace olvidar todas las miserias de este mundo.

De un descanso que premia infinitamente todos los trabajos, y de un consuelo que recompensa todos los sufrimientos.

Como no hay ninguno sino Dios, que sea grande, tampoco hay ningun otro que pueda dar grandes y verdaderas recompensas. En

el infierno castiga como Dios, y en el cielo recompensa como Dios.

¡Oh, hijo mio! si llegas á lograr la dicha de salir bien en el negocio de tu salud, verás á Dios, le poseerás y le amarás, y nunca dejarás de verle, poseerle y amarle; porque Dios, que es siempre el mismo con respecto á sí, es siempre nuevo para los bienaventurados.

En aquella deliciosa morada de los cielos todo es placer sin dolor, alegría sin angustia, descanso sin inquietud, paz sin temor, y gozo sin sobresalto.

Allí no reina ninguna otra voluntad ni otros afectos sino los de Dios. Dios es todo en todas las cosas. Todo se halla en él. Allí todos son ricos, poderosos y felices con Dios y como Dios.

Si deseas llegar á conseguir esta felicidad, trabaja, hijo mio; trabaja continuamente. No digas jamas: tanto tiempo ha que estoy sufriendo; he ganado tantas victorias: ¿y todavía no he hecho bastante? *Aquel solo será salvo que persevere hasta el fin* (1).

SIERVO. ¡Oh Vírgen, que sois para con Je-

(1) Matth. x, 22.

sus *toda mi esperanza y mi vida*, alcanzadme la constancia en el servicio de Dios, y *hacedme ver á vuestro Hijo Jesus despues de este destierro.*

Si la uncion sola de su gracia es un gozo anticipado del cielo, y hace sentir á una alma cuán digno es de ser amado, ¿qué será el ver y poseer al mismo Dios?

CAPITULO IV.

De la dicha de San Juan, á quien Jesus dió á María por Madre: dicha que participan todos los cristianos.

SIERVO. ¡Oh Madre del Salvador! ¡qué dicha tan grande la de San Juan cuando Jesus, estando á punto de morir, le eligió para que vos le tuviéseis en lugar del mismo Jesus á quien perdíais.

San Juan fué desde aquel momento vuestro hijo, y vos fuísteis su Madre. ¡Ah! con justa razon se le llama en el Evangelio *el discípulo amado de Jesus* (1).

El amor que siempre tuvo á Jesus, y su

(1) Joan. XIX, 26.

constancia en seguirle con vos hasta el Calvario, le merecieron este favor insigne.

¿Podia dejarle su Divino Maestro, despues de su muerte, herencia mas preciosa? pero ¿con qué gratitud y reconocimiento no la recibió él?

Ninguna cosa omitió para corresponder á la gracia que Dios le habia hecho. ¡Qué respeto tan profundo en presencia de su Madre! ¡qué sumision á su voluntad, y qué solicitud tan continua en agradarle!

Pero de vuestra parte ¡qué pruebas de bondad, y qué testimonios de ternura no le dísteis en todas ocasiones! esperimentaba en cada momento cuán dichoso era en estar á vuestro lado.

¡Oh discípulo amado de Jesus! ¡dichoso hijo de la mas amable y mas santa de todas las madres! yo sufriria todas las adversidades por gozar de vuestra dicha; padeceria las mas grandes humillaciones por tener vuestra gloria, y perderia todas las coronas del munda por un tesoro semejante.

María. El discípulo amado no fué solo el que se me dió por hijo en la muerte de Jesus, sino que cuando éste hablando con aquel le dijo: *Hé aquí á tu Madre:* y cuando el

Señor me dijo á mí: *Aquí teneis á vuestro hijo;* el discípulo te representaba á tí y á todos los demas cristianos.

Yo, hijo mio, tengo penetrado mi corazon en favor tuyo, de todos los sentimientos de amor que una verdadera madre puede tener por un hijo á quien ama tiernamente.

Procura corresponder como el discípulo amado á esta calidad de hijo, aficionándote á mí para siempre, y esfuérzate, sobre todo, á merecer toda la ternura de tu madre por una inocencia y una santidad de vida que me hagan honor.

Siervo. ¡Oh Madre mia! consiento en que *mi mano derecha me quede inútil, si yo llegase á olvidaros jamas;* y quiero que *mi lengua se pegue á mi paladar, si no os tuviere siempre presente en mi entendimiento* (1).

¡Qué dicha para mí al considerar que la misma Madre de Jesus se digna ser tambien la mia, cuando me deberia tener por muy feliz con que se dignase recibirme en el número de sus siervos!

Pero pues que quereis tomar, por un efecto de vuestra bondad y por el mucho amor

(1) Ps. cxxxvi, 6, 7.

que me teneis, el nombre de Madre, yo le recibo gustoso, y usaré, con la mas grande satisfaccion de mi alma, con el reconocimiento mas vivo, del nombre de hijo.

¡Ser hijo vuestro! Ah! yo prefiero este nombre glorioso á todos los títulos de honor, aun á aquellos que se buscan con la mayor diligencia entre los hombres.

¡Vos sois mi Madre! ¡qué inestimables ventajas no me producirá esta adopcion tan dichosa! hasta el mismo infierno me temerá.

Es verdad que he sido ingrato largo tiempo para con mi Dios; que soy digno del mayor castigo, y confieso que no merezco ni el perdon, ni su gracia; pero sin embargo, yo espero en su misericordia cuando considero que vos sois mi Madre.

Ya me habeis manifestado que lo sois obteniéndome la gracia de mi conversion, que me parece haber sido verdadera: llenad, pues, el colmo de vuestro amor, alcanzándome la gracia de la perseverancia.

Tened conmigo todas aquellas bondades de una madre que conserva siempre á favor de su hijo los sentimientos de ternura, aun cuando él no los merezca.

¡Oh Madre mia! proporcionaos á vos mis-

ma el consuelo de ver siempre en adelante en mí un hijo que, por su amor á Jesus y á vos, no se hace indigno de los sentimientos que teneis por él.

CAPITULO V.

Del amor que debemos tener á María.

La estimacion que Dios hace de una cosa, es la única regla que debemos tener para apreciarla segun su justo valor. Sus afectos deben ser la regla invariable de los nuestros.

Para comprender lo que debemos pensar de María, y hasta qué punto debemos amarla, seria necesario considerar la estimacion que Dios ha hecho de ella, :y las repetidas pruebas de amor que le ha dado.

La multitud de mis esposas, nos dice el Espíritu Santo, *es innumerable; pero no hay sino una sola entre todas que esté llena de todas las perfecciones* (1)

Esta Esposa, amada de Dios de una manera tan particular, es la que despues de Dios debe reinar en nuestros corazones, y á

(1) Cant. VI, 7.